

EL TRIUNFO DEL MIRINAQUE.



DIALOGO

ENTRE DOÑA ROSALIA Y SU HIJA DOLORES.

Rosalía. — Estás muy triste, Dolores

¿Algun trabajo te pasa?

¿quieres que salga de casa,

y te cojeré unas flores?

Dolores. — Yo tengo mucha tristeza,

tengo mucha desazon;

y en esta misma sazon

mucho dolor de cabeza.

R. — Bien lo conozco y lo veo.

Tú tienes algun pesar,

¿Quieres que antes de almorzar

nos salgamos á paseo?

¿Quieres venir á la Seo?

Muy tranquila allí estarás,

allí tú meditarás;

y si has de ser religiosa,

rezarás allí gustosa

y el hábito tomarás.

D. — No hable usted tanto, mamá,

que me encuentro delecada,

aflicida, agobiada

cast sin aliento ya.

R. — ¿Quieres que pronto llamemos

á un médico inteligente,

y muy detenidamente

las dos con él consultemos?

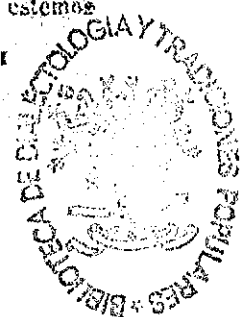
¿Quieres que muy presto estemos

con el doctor Baltasar, (1)

ó á nuestro amigo Gaspar

y segun ellos opinen

(1) Mistro



cuanto antes te medicinen,
y así te puedas curar?

B. — Nada de eso, mamá mía.

Ni Esculapio ni Galeno
hallarán contraveneno
para mí mal en el día.

Aunque apliquen á porfía
mil y mil medicamentos,
en estos tristes momentos,
apurando todo medio,
no podrán hallar remedio,
ni aunque vengan hoy doscientos.

Me encuentro tan abatida,
cabizbaja y vacilante,
que creo que en este instante
acabaré con mi vida.

Yo me veo consumida,
y casi también demente;
por conocer tristemente
que otras sin tener influjo,
siendo pobres, tienen lujo,
lujo, sí, diariamente.

R. — Muy confusa tú me dejas

hoy con tu conversacion,
cuando sin tener razon
amargamente te quejas,
muy bien lo sabe Callejas.
Tú tienes treinta vestidos
de valor y bien cumplidos;
todos son de seda fina
y según Pelayo opina,

son de precios muy subidos.

Tú tienes treinta mantillas,
una buena, otra mejor.

Tú tienes un tocador
del gran artista Mantillas,
tienes unas zapatillas.

Tú estas como una marquesa,
tú estás como una duquesa;

á tí no te falta nada,
y siendo en todo estimada
vives como una princesa.

D. — ¿Con que no me falta nada?

Fuera de juicio tú estás;
pues no me he visto jamás
tan triste y desconsolada.

Yo no estoy enamorada,
aunque muchos novios tengo;
con todos muy bien me avengo,
y te juro por Daniel,
que yo con un coronel

algun rato me ontretengo.

Mas como los militares
no tienen fijo el amor,
cambian mucho de color
y á veces á centenares.

Y aunque son muy regulares
en la generalidad,
no se halla veracidad
de estos en muy buena parte:
y ruego á Dios que me aparte
de su fe y sinceridad.

No es mi intencion vulnerar
ni á los jefes ni al soldado,
cuando papá es retirado,
y antes un gran militar.

Quiero, sí, manifestar,
según la opinion de Leca,
que como están hoy en Ceca,
y á otro punto son llamados,
ellos quedan olvidados
de lo que tienen en Meca.

El coronel distinguido,
de quien yo te hablo, mamá,
á ser ascendido va
por su valor conocido.

El concepto ha merecido
de ser en todo constante,
pero, mamá, yo no obstante,
no tengo con él franqueza,
me manifiesta terneza;
pero al fin es ambulante.

Me manifiesta amable,
muy dulce, muy cariñoso,
expresivo, bondadoso,
cuanto es en sí, imaginable.

Su clemencia es admirable,
él es de buena estatura,

él es de buena figura
y á hacer un bien es afecto,

pero tiene tal defecto
que todo le desfigura.

R. — ¿Qué defecto le domina?

¿es él tal vez un beodo?

Creo que no, por el modo
con que todo lo examina.

D. — Nada de eso, es muy cabal,

atento, muy generoso;

pero soltero, es celoso;

muy celoso sin igual.

Y en esto no estriba el mal,

sino que dice: «Querida,

en belleza distinguida,
por tí todo sufriré:
yo por tí padeceré,
por tí perderé la vida.»

R.—Pues según lo que yo escucho,
sin duda él te quiere mucho.

D.—Mamá mía, no lo creas,
que yo tampoco lo creo,
nunca tan crédula seas,
que es muy falso su deseo.
Y para tu convicción
sabe que á este militar
mucho rato le ví hablar
con la linda Concepción.
Yo me alegro, ella es preciosa,
mas lo que á mí me ha indignado
el verle ayer en el Prado
con una gran licenciada.
Era mujer horrorosa,
macilenta, desfachada;
según ví, era descarada,
sin pundonor atrevida,
de no pocos muy seguida
y de muchos muy burlada.
Por esta causa detesto
á los hombres, mas quisiera
que yo de tí consiguiera
una fácil gracia presto.

R.—No puedes dudar jamás
(te lo juro por el Miño)
que te tengo gran cariño
de que convencida estás.

Yo te quiero con exceso,
un beso

Te adoro con mil amores,
Dolores.
¿Dudas de esto todavía?
mía.

Si tengo en tí simpatía,
como bien lo sabe Pame,
carñosamente dame
un beso, Dolores mía.

D.—Pues bien, siendo esto así
una gracia alcanzar quiero:
si me la niegas, me muero,
y la culpa estará en tí.
¡Desventurada de mí!
yo fallaré mi sentencia,
y sin ficción ni apariencia
con valor, con brazo fuerte,
pronto me daré la muerte

sin tener de mí clemencia,

R.—¿Pero qué quieres? Responde,
esto á tí te corresponde,

D.—Lo que quiero es miriñaque
de una clase superior.

¿Pues qué he de ser inferior
á la hija de Badulaque?

Esta hortelana en Jadraque
cuenta con sesenta y uno.

¡y yo sin tener ninguno!...

Yo carezco de este gusto.

¡Ay Dios mío! ¡qué disgusto!

Consuelo pido á San Bruno.

R.—¿Ese es tu mal, tu dolencia?

¿Ese es tu mal, pícarona?

¿No sabes que hoy en Pamplona
han silbado á la Inocencia?

No hay miriñaque, paciencia.

Cuanto gustes pedirás,

y de mí lo alcanzarás;

pero mas tú de ese traje

nunca, ni en ningún paraje,

de mí lo conseguirás.

D.—Pero mamá, casi todas,
aun las mozas de servicio,
aunque hagan un sacrificio
siguen la costumbre y modas.
Ayer hubo cinco bodas
en el pueblo de Vallecas.

Las novias iban muy huecas

y yo me desesperé;

y entonces no me maté

porque me detuvo Cecas.

Muchas de las saguntinas

perecieron en el fuego,

y siguieron desde luego

su ejemplo las numantinas.

R.—¿Y esto, di, qué significa?

Tus pensamientos esplic a.

D.—Significa que yo haré
con mí misma un atentado,
pues si mi empeño es frustrado
á las llamas me echaré.

Soy hija, yo te respeto,

porque esta es mi obligacion:

mas mamá, pon atencion

á mi causa sin pretesto.

¿Qué dirán de mí con esto?

¿de miriñaque no usais?

Y de crítica sereis,

y dirán sois cícatera,



cuando á mi, siendo soltera,
no me quieres contentar.

R. — No pienses nunca en tal cosa,
porque esto á mi me solóca:
tú quieres volverme loca
de una manera pasmosa.

¡Y Virgen santa amorosal

¿Qué se diría de tí,
qué se diría de mí,
si tal traje te pusieras
y á la calle tú salieras?

Burlas tendrías así.

A mi opinión se resiste
este traje indecoroso,
este traje pernicioso.

Recuerta lo que ayer viste...

Por lo tanto, hija del alma,
deja ya tu pensamiento,
que así yo tendré contento,
y regocijo en el alma.

D. — Siempre te he sido obediente;

mas en esto no obedezco:
sin miriñaque carezco
de placer enteramente.

No seas impertinente,
porque aunque llegue á pedir
limosna, yo he de vestir
este traje delicioso:
este traje venturoso;
no puedo sin él vivir.

R. — ¿Con que tú genio se aferra?

¿Con que disgustar me quieres?

¡Maldita, bribona, perra!

D. — Aunque perra tú me llames,

descarada, maufa astuta,
insolente, disoluta,
y siempre contra mí clames,
todo lo toleraré;

y aunque me mires con ceño,
he de seguir con mi empeño
y miriñaque me hará.

Yo tengo el genio muy fuerte,

y si esto yo no consigo,
mamá mia, te lo digo,
que voy á darme la muerte.
Hoy debes ya convencerte
de mi decision que es tal,
que en este caso fatal,
si no me hago miriñaques
acompañada de jaques,
voy á tirarme al canal.

R. — Nada de eso, Dolórcitas,

que al fin te complacé,
á los comercios iré
en volviendo las visitas.
Tus amigas esquisitas...

amigas de lealtad...

con toda tenacidad

sobre esto me resfriaron.

Aun hay mas, me acalararon,

mas yo haré tu voluntad.

D. — Solo tengo esta ambicion;

mi dicha solo esto labira;

si me cumples la palabra

no quiero otro galardón.

Ya me encuentro sosegada,

sin fatiga y muy serena,

ya me encuentro sin la pena,
con que estaba atormentada.

Sin mentiras, sin engaño

te doy gracias cordialmente

y pido al Omnipotente

que te guarde muchos años.

Libre, si, de los engaños

que suceden con frecuencia,

te dé en obrar la prudencia,

y como brillante sol

difunda en todo español

los rayos de su clemencia.

Triunfó la niña en su empeño

por ser moda y conveniente:

«No oponerse á la corriente

cuando el remedio es pequeño.»

